

PAISAJES Y HOMBRES DE ESPAÑA

por Ricardo DE VAL

L viaje debería ser una asignatura cabal para cualquier hombre que pretendiera conocer la vida. El paisaje sería para él una nota sobresaliente en el pentagrama.

Cuando yo he querido conocer valores humanos, me he ido en busca del paisaje. España adentro. Ahora he caminado por tierras de seis provincias: Ciudad Real, Toledo, Valencia, Teruel, Guadalajara, Cuenca...

El primer pueblo visitado ha sido Villamayor de Santiago; tierra del viejo priorato de San Juan; tierra noble de Cuenca; en una de las Rutas de Don Quijote. La llanura era un pleamar verde de espigas que comenzaban a dorarse, un poco vencidas por la granazón.

Pocas cosas más bellas que esa llanura manchega a comienzos de Junio. En este pueblo de estirpe lírica castellana, de infanzones y de hidalgos, vivió el que esto escribe dos años, en su juventud, convaleciente de una terrible enfermedad. Aquí aprendió a ver el paisaje y Castilla. Libros y soledad. Escribió, soñó, sufrió mucho. Tenía veinte años escasos.

Vuelvo, al cabo de treinta años; he de tomar parte en un acto literario con poetas de Madrid y de Cuenca. Antes dará una charla Federico García Sanchiz. Asisten obispos, personajes políticos, periodistas, prohombres manchegos, religiosos; y una muchedumbre de burgueses y campesinos del pueblo y de la comarca. Un público que no podría ser mejorado. El acto se celebra a orillas del pueblo, en medio del mar verde de espigas.

Salimos a media mañana a esperar a Federico, al límite de la provincia con la de Toledo. Primera vez que le veo. Ya es viejo. Largas melenas grises, que peina en la brisa tierna con sus manos abaciales. Sonríe siempre, fuma un largo puro. En el palacio de los Lodares—solar en otros siglos de Pachecos y Villenas—, donde nos hospedamos, al llegar, lanza la radiogramola para Federico las notas del Himno de Valencia. El palacio está en la «Calle de los Señores», que parece encarnar toda la serenidad y el casticismo de que es capaz La Mancha. Es una calle hecha de Soledad, de blancura y de caserones de piedra, con dovelas, rejas labradas y grandes escudos. Toda la poesía del Siglo de Oro y de los maestros del 98, parece albergarse

en ella. Yo no he visto calle más pura y hermosa en La Mancha. Federico entra delante de todos al patio de estilo toledano.

Recorriendo los linajudos salones dijo muchas cosas el charlista, muchas, con incienso a su persona y aire de príncipe auténtico. Y lo hacía bien. Luego comió a solas un huevo pasado por agua y un trocito de ternera.

La tertulia en el patio toledano fue memorable. La picaresca literaria se despachó a su gusto:

Que si Astrana Marín tenía que ver en el premio Larragoiti concedido a Federico Muelas; que si éste había no sido sustituido por García Sanchiz gracias a intrigas apasionadas; que si Federico Muelas fue quien introdujo en Cuenca a César González Ruano, y que éste...

Yo escuchaba, divertido. Estaban presentes Carmen Deben, de «Pueblo», Alvarez Chirveches, de «ABC» en Cuenca, el poeta, Lodaes, el alcalde de Campo de Criptana. Pantoja—presidente de la Sociedad Cervantina—, Don Tirso, cura de El Toboso, uno de los hombres más cultos de La Mancha, conversador sutilísimo. La comida la presidió este singular personaje. No escuché nunca verbo más elegante, humilde y sabio, mientras se comía. De vez en cuando, Carmen, la de «Pueblo», a mi derecha, demostraba lo que sabía de Rusia y de la vida moderna.

En El Toboso estuve un poco loco.

Me convencí de la existencia de Dulcinea, cuyo palacio visité. Leí a solas durante tres horas en la Biblioteca Cervantina. Los libros—ediciones raras y bellas—quedaban a disposición de cualquiera... Así había sido robado un Quijote en ruso, riquísimo con dedicatoria de Stalin. Vagué hasta el alba con un escritor, debatiendo el espinoso asunto de la entrada de Don Quijote en El Toboso, cuando se percata de la presencia de la torre en la oscuridad... «Con la iglesia hemos topado, Sancho...» Eruditos ilustres de todo el mundo discutían alguna vez en el pueblo el lance.

Desde la ventana de la posada ví salir el sol sobre una tierra de ópalo, de rastrojos, sin un árbol. A lo lejos se veía la ventana celebrírrima. Deliré de verdad. A las tres de la tarde, bajo un sol africano, era yo el único habitante. No ví un alma. Y no era vulgar mi aventura. Me ví y me deseé para encontrar quien me diera una taza de café. Me lo sirvió otra Aldonza Lorenzo; café de puchero. Yo solo en el cafetín, junto al arco de la calle de Cervantes. Yo tenía fiebre... Saqué mi comida. Estaba en el centro del universo.

Fuí al Palacio de Dulcinea. Almazara con escudo, tinajas, polvo, corralón lleno de maleza, bardas de aliagas y sarmientos. Los hombres más ilustres habían estado allí. Americanos delirantes... Carranza había entrado de rodillas. Se volvían locos en el pueblo. Yo lo estuve.

De El Toboso, por Alcázar y Valencia, a Teruel. De un amor de

locura a un amor de muerte. El Toboso y Teruel; los dos lugares del amor.

En Teruel, la ciudad del arte mudéjar, que yo visité tanto, me convencí de una vez de la existencia real de los Amantes. El amor de Diego e Isabel no es leyenda; es historia. El cronista Jaime Caruana ha demostrado la autenticidad del amor y de los dos héroes turolenses. También el autor de estas líneas, citado por el cronista, coadyuvó humildemente en la prueba.

No hablaré aquí ahora más que del mausoleo a los Amantes, obra de Juan de Avalos, el escultor del Valle de los Caídos. Veo por primera vez el mausoleo. Conoce el lector la campaña del periódico local LUCHA, gracias a la cual y a los novios españoles se costeó la obra... Resultado económico pobre... España es así también. La obra es tan bella como el mismo amor que se tuvieron Diego e Isabel. Las manos entrelazadas, el rostro de Isabel con los cabellos desparramados sobre la almohada, mármol y alabastro de Carrara, son quizá el poema más sugeridor del mundo en nuestros días.

Guadalajara por primera vez, desde Teruel. Vengo a Molina de Aragón porque este pueblo me brinda otro romance. Molina fue en la Edad Media otro pequeño estado, como Albarracín, que queda cerca. Históricamente, otro pecado de la Reconquista. Querellas, recelos, alianzas. Cuando un rincón era conquistado, quedaba el derecho de la conquista, superior a todo lo demás, incluso contra los mismos soldados amigos. Ni unidad, ni ambición, ni ideal claro...

Páramos de Molina. Atrás quedaron torres mudéjares, puentes, chopos, la historia de los Amantes, llanuras paniegas, el estruendo de la guerra en el recuerdo. Todo quedó atrás. Volvemos ahora a nuevas soledades de Castilla; soledades de unas parameras famosas hechas de pedregales y maleza salpicadas de bosquecillos de encinas y robles. Lugares minúsculos, bancalillos, cabezuelas; es otra Castilla. Tierra muy alta y muy pobre. Seguramente estamos en el agro más humilde de Guadalajara, pero mirémosle con amor... No veamos las cosas con los ojos torvos y sombríos del 98, que desfiguró a España, aunque soñó también y tuvo esperanza. Este señorío medieval de Molina tiene la estampa de la humildad, pero Molina es un pueblo feliz. Por eso, sin duda, hay una cafetería que se titula «La Pureza»; y el periódico de la capital se llama «Rosas y abejas», o algo así. Más tierra de Bécquer que de Antonio Machado. El sevillano anduvo por el señorío. Muchos de sus versos más definidos parecen salidos de este rincón verde.

El río Gallo camina—riquísimo de truchas—en torno a la «decrépita ciudad», que diría Antonio Machado; escoltado por ascéticos chopos, glauco y con algas cruza bajo un viejísimo puente romano hecho de rojas pizarras. Al otro lado las colinas. Estas colinas levantan un castillo fantástico rodeado de murallas de mayor perímetro que el pueblo mismo, con siete torreones altísimos y una

torre del homenaje separada, gallardísima. Estampa castrense y religiosa de las más bellas que aparecen en los caminos españoles. ¡Estampa de la Reconquista! Y siete iglesias de otros tantos conventos en esta diminuta ciudad de apenas tres mil habitantes, cabeza del señorío; iglesias hermosísimas, cuidadas, pulcras, calladas, penumbrosas. La de Santa Clara, de un gótico del siglo XIII, levantada sobre un caos de tejados viejísimos, tiene un ábside románico cerca de la muralla, que produce pasmo. Bécquer lo contemplaría. A su vera hay un tapial con madre selvas. La torre del homenaje queda envuelta en una nube de grajos feroces al atardecer.

En este vergel de Molina hacia posada el Cid con sus huestes, viniendo de Medinaceli, camino de Valencia. Molina tiene una historia: la Orden de los Caballeros de Doña Blanca, la última señora; historia famosa, viva todavía...

La andadura tuvo fin en La Mancha, tierra donde el español podrá siempre convertir los molinos en gigantes. Tuvo remate en Iniesta. Llanura, cereales y viñedo; cinco mil almas, dos molinos de viento sin aspas, chopos, rejas labradas a la manera del conque Beccrill. Una torre cuadrada de ocho ventanas, achaparrada, y no obstante con alas en el paisaje. Pueblo celtibero y luego romano. Poyos en las puertas y monedas lo atestiguan. Estos y otros vestigios dan estilo a la villa, algo que parece a veces un recuerdo. Por eso su vivir señero, proyectado hacia atrás, hacia una historia que pudo ser grande. En el siglo XV tuvo leyenda. Pudo ser tronco de un linaje poderoso, pues en la villa quedóse de señor en trance de retiro el ínclito y famoso caballero Enrique de Aragón, llamado en la Historia «marqués de Villena»; nigromante, soñador, gramático, escritor y uno de los castellanos más cultos de los inicios del Renacimiento. Hombre en quien se cebó la calumnia de un modo despiadado — se le tildó de impotente, cuando quedó bien claro que fue padre de una hija talentosa, Sor Isabel de Villena—, fue conocido al final por «el señor de Iniesta», gracias a la misericordia y merced de Enrique III el Doliente. Es el más grande de los Villenas o Pachecos tan poderosos en esta parte de Castilla.

Pueblo de muchos hidalgos; de gentes soñadoras. Ya no queda nada. Los hombres ahora no leen nada; juegan en el casino, eso es todo.

Otra historia de esta villa, es la del que escribe. Pero esto no interesa aquí.



CUARESMA

Cuaresma. Cuarenta
morados cipreses
en la lontananza
del Abril en ciernes.
En las catedrales
de belleza agreste,
fiera, rectilínea,
húmedas de preces,
las bóvedas roban
la voz penitente
del eco profundo
de los Misereres...

Cuaresma. Cuarenta
rosales silvestres.
Cilicios, espinas,
ceniza caliente.
Sobre la madeja
del tiempo, se tejen
las hileras largas
de los penitentes
con las notas hondas
de los Misereres...

Cuaresma. Calvario.
Viacrucis y fieles.